

DARTON, Robert. (2022). *Un magno tour literario por Francia: el mundo de los libros en vísperas de la Revolución francesa* (Mario A. Zamudio Vega, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Dentro de la estela de historiadores que han abordado el estudio del libro y las relaciones entre éste y la modernidad, Robert Darton ocupa un lugar preponderante. Se le podría situar al lado de nombres como el de Jules Gauthier, John Jeanprêtre, François Furet, Jacques Rychner, François Moureau, Henri-Jean Martin, Roger Chartier y Michel Schlup. Este notable historiador estadounidense, quien desde mediados de los sesenta del siglo pasado se ha volcado con rigor y pasión al análisis de los circuitos clandestinos del libro, publicó en 2018 *A Literary Tour de France: The World of Books on the Eve of the French Revolution*, texto que en 2022 fue traducido al español por el Fondo de Cultura Económica.

A lo largo de casi cuatrocientas páginas, el lector se sumerge en las entrañas de la compleja vida de los vendedores de libros, al margen de la oficialidad de esta profesión. Darton centra su mirada no en París, que es un punto neurálgico en el consumo de libros novedosos, pero no el más importante, sino en las diferentes provincias del país. Interesa al autor revisar el proceso de piratería que impera en muchas casas editoriales que se ocupan de la distribución de los libros en el extranjero y que no cuentan con la autorización del privilegio real para publicarse en territorio francés. Bruselas,

Colonia y Ámsterdam, entre muchas otras, se particularizan por este tipo de actividad fraudulenta; sin embargo, Darton se detiene especialmente en un rincón de Suiza, donde tiene lugar la sede de la célebre Sociedad Tipográfica de Neuchâtel, que producía sus propias versiones o falsificaciones de libros prohibidos.

Del archivo de esta sociedad impresora, que el historiador conoce a profundidad ya que lo ha estudiado desde varias décadas y de donde ha surgido valiosa información que configura títulos de su autoría, tales como *Edición y subversión*, *Censores trabajando*, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*, en esta ocasión recurre, como él mismo señala, a un abordaje poco convencional de este material. Se analiza el caso particular de un vendedor, que se suma al de otros tantos, que arriesgaban su vida para hacer posible el acceso a la lectura de una parte de la población lectora en el último tercio del siglo XVIII en Francia.

Las diferentes problemáticas que encara Darton emanan de una revisión exhaustiva de un universo de amantes del mundo editorial, paralelo al oficial, y de las ruinosas o fructuosas ganancias que podía conllevar este negocio al margen de la legalidad. En esta obra se empapa del diario y correspondencia de un viajero comercial, Jean-François Favarger,

quien trabaja para la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel y realiza a caballo un largo periplo por Pontarlier, Lons-le-Sanier, Bourg-en-Bresse, Lyon, Avignon, Nîmes, Toulouse, Loudun, Blois y Besançon. Gracias a las librerías que visita en estas ciudades, entra en contacto con más de cien librereros, lo que le permite establecer un mapeo detallado sobre las preferencias lectoras de los franceses entre 1769 y 1789, es decir, los últimos veinte años, antes del estallido de la revolución.

Esta correspondencia también le sirve para trazar varias facetas de la vida del gremio de los librereros, profesión ejercida exclusivamente por hombres, pues es un campo laboral prohibido para las mujeres. Sólo en caso de fallecimiento, las viudas podían heredar el privilegio de los fondos de su marido y continuar con dicha actividad. Además, se comparan las redes comerciales, los índices de alfabetización por región, las políticas implementadas contra la piratería, y se detallan algunos aspectos sobre la vida cotidiana del momento. Entre éstos se podría citar la mala calidad de la comida de los albergues y los abusos de los postillones, así como la suciedad que reinaba en las posadas (Favarger decía que la mugre era un vicio nacional) y las enfermedades a las que se exponían los huéspedes y sus animales de carga, como la sarna del caballo de este comerciante, referida en varias ocasiones en el texto. Al mismo tiempo, se accede a las prácticas de higiene de este comerciante, que son las de todos, pues debían estar presentables al llegar a una librería, a pesar de los largos trayectos que recorrían en caminos de terracería, bajo el sol o la lluvia, con el material escondido en barriles, pequeñas pacas o fardos protegidos bajo capas de heno. En algunas ocasiones eran auxiliados para el trasiego de esta mercancía por vendedores

ambulantes, que cargaban con el estigma de ser estafadores, y por contrabandistas que también hacían pasar no sólo libros sino otro tipo de productos como relojes, algodón, muselinas y quesos.

Uno de los aspectos más relevantes de este libro es el acercamiento al consumo de un centenar de títulos de diversa índole: “libros filosóficos”, obras religiosas (católicas, pero sobre todo protestantes, que las autoridades francesas trataban con la misma dureza que las obras más inmorales, almanaques y libros escolares, que comprendían disciplinas como la historia, legislación, ciencias Matemáticas, medicina y otras. Los “libros filosóficos” englobaban todas las categorías de textos prohibidos: tratados ateos o materialistas, utopías libertinas, novelas obscenas, libelos o panfletos escandalosos, como son los que Voltaire enviaba de manera anónima a las casas editoriales marginales, bajo el nombre de *pastelillos* y, finalmente, la *Encyclopédie*. Esta obra, codiciada por todos los circuitos editoriales, fue una de las más pirateadas de su tiempo.

¿Qué tipo de lector accedía a estos textos? La gran mayoría pertenecía a las élites de la sociedad provincial. También se sumaban miembros del ejército que ocupaban altos rangos, potentados de la Iglesia y sacerdotes de poblaciones lejanas que adquirirían novelas licenciosas; esta correspondencia revela que entre el público que compraba esta mercancía no había artesanos ni trabajadores. No obstante, podía ocurrir que personas que frecuentaban ferias y mercados lo hicieran, pagando con dinero en efectivo, pues la compra a crédito sólo era posible para las capas privilegiadas. Además, algunos librereros con quien Favarger mantuvo lazos comerciales se interesaban más en la venta de novedades que en la difusión de los ideales de la Ilustración. Tal es el caso del

vendedor Rigaud, quien al referirse al comercio del libro asociaba sus riesgos con el de la venta de joyas, supeditada a lo que dictaba la moda, pues una vez que ya no estaba en boga tal autor no se podía cobrar el mismo precio; esto sucedió con algunos títulos de Voltaire, que en algún momento dejaron de interesar a una parte de los lectores. Para este librero, como para muchos otros, el libro seguía siendo un objeto de lujo, a pesar del impulso que se le dio al libro barato, y lamentaba la lentitud de su consumo, contrastando la rapidez con la que se podía vender la carne o el pan.

El comercio del libro atravesó por periodos difíciles. Una de sus causas fue la implementación de la orden de 1783 que promulgaba que todas las importaciones de libros debían ser autorizadas por la Cámara Sindical de París, lo que suponía una vigilancia más estricta y mayores peligros para el mercado de contrabando. Otro factor importante fue la recesión económica producida por la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, en la que Francia ocupó un papel relevante. Finalmente, el estallido de la revolución cambió de manera drástica el panorama de la venta de libros, por lo que este vendedor regresó a Neuchâtel y poco se supo de su suerte.

En suma, el cuadernillo de notas de Favarger se convierte en un documento muy valioso, ya que proporciona una serie de datos de primera mano sobre la demanda de libros en un extenso territorio

de las diferentes provincias francesas. Del corpus que Darton identifica, alrededor de 1145 títulos, se extraen conclusiones muy sorprendentes. Cada región tiene sus preferencias: en Nîmes impera sobre todo la venta de libros protestantes; en Montpellier los tratados médicos son muy solicitados, y en Burdeos lo son las obras consagradas a la viticultura. También los acontecimientos políticos podían influir en el gusto de los lectores, como fue la muerte del rey Luis XV, que despertó una gran curiosidad sobre su vida íntima, así como las futuras repercusiones para la monarquía. En cuanto al rubro de “libros filosóficos” resulta fascinante observar cómo penetraron las ideas de la Ilustración en la cultura del Antiguo Régimen; sin la ayuda de estos libreros, profesionales que jugaron un papel de mediadores y divulgadores del pensamiento de Las Luces, la tarea de su difusión hubiera sido muy difícil. De esta forma, esta obra de Darton resulta un homenaje a la vida de cada librero de esa época que queda ilustrada en un célebre proverbio de la ciudad de Tours que versaba: “noventa y nueve cocineros de rosticería y un vendedor de libros que se muere de hambre”. Casi todos terminaban así o sin que se supiera nada de ellos, como fue el caso de Favarger, revisado a lo largo de este sugestivo análisis.

*Claudia Ruiz García*